

La vía chilena al socialismo 50 años después

Tomo I. Historia

**Robert Austin Henry, Joana Salém Vasconcelos
y Viviana Canibilo Ramírez**
(compilación)

OCHOLIBROS



CLACSO

Austin Henry, Robert. *La vía chilena al socialismo: 50 años después* / Robert Austin Henry; Joana Salém Vasconcelos; Viviana Canibilo Ramírez; compilado por Austin Henry, Robert; Joana Salém Vasconcelos; Viviana Canibilo Ramírez. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires: CLACSO, 2020.

Libro digital, PDF

Archivo Digital: [descarga](#)

ISBN 978-987-722-769-7

1. Historia. 2. Historia de Chile. I. Salém Vasconcelos, Joana. II. Canibilo Ramírez, Viviana. III. Título.

CDD 983

La vía chilena al socialismo: 50 años después Vol. I / Kemy Oyarzún V. ... [et al.]; compilado por Robert Austin Henry; Joana Salém Vasconcelos; Viviana Canibilo Ramírez; prefacio de Faride Zerán; Marcelo Arredondo. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : CLACSO, 2020.

Libro digital, PDF

Archivo Digital: [descarga](#)

ISBN 978-987-722-770-3

1. Historia. 2. Historia de Chile. I. Oyarzún V., Kemy. II. Austin Henry, Robert, comp. III. Salém Vasconcelos, Joana, comp. IV. Canibilo Ramírez, Viviana, comp. V. Zerán, Faride, pref. VI. Arredondo, Marcelo, pref.

CDD 983



CLACSO

Consejo Latinoamericano
de Ciencias Sociales

Conselho Latino-americano
de Ciências Sociais

CLACSO Secretaría Ejecutiva

Karina Batthyány - Secretaria Ejecutiva

Nicolás Arata - Director de Formación y Producción Editorial

Equipo Editorial

María Fernanda Pampín - Directora Adjunta de Publicaciones

Lucas Sablich - Coordinador Editorial

María Leguizamón - Gestión Editorial

Nicolás Sticotti - Fondo Editorial



LIBRERÍA LATINOAMERICANA Y CARIBEÑA DE CIENCIAS SOCIALES

CONOCIMIENTO ABIERTO, CONOCIMIENTO LIBRE

Los libros de CLACSO pueden descargarse libremente en formato digital o adquirirse en versión impresa desde cualquier lugar del mundo ingresando a www.clacso.org.ar/libreria-latinoamericana

La vía chilena al socialismo. 50 años después. Tomo I: Historia (Buenos Aires: CLACSO, noviembre de 2020).

Obra general ISBN 978-987-722-769-7

Tomo I ISBN 978-987-722-770-3

© Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales | Queda hecho el depósito que establece la Ley 11723.

El contenido de este libro expresa la posición de los autores y autoras y no necesariamente la de los centros e instituciones que componen la red internacional de CLACSO, su Comité Directivo o su Secretaría Ejecutiva.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su almacenamiento en un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio electrónico, mecánico, fotocopia u otros métodos, sin el permiso previo del editor.

La responsabilidad por las opiniones expresadas en los libros, artículos, estudios y otras colaboraciones incumbe exclusivamente a los autores firmantes, y su publicación no necesariamente refleja los puntos de vista de la Secretaría Ejecutiva de CLACSO.

CLACSO

Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales - Conselho Latino-americano de Ciências Sociais

Estados Unidos 1168 | C1023AAB Ciudad de Buenos Aires | Argentina

Tel [54 11] 4304 9145 | Fax [54 11] 4305 0875 | <clacso@clacsoinst.edu.ar> | <www.clacso.org>

Índice

Prefacio. Otra vez el pueblo 11
Faride Zerán

Yo no voy a renunciar 15
Marcelo Arredondo

Agradecimientos 17
Los compiladores

La vía chilena al socialismo. 50 años después..... 19
Robert Austin Henry, Joana Salém Vasconcelos y Viviana Canibilo Ramírez

Cultura y feminismos

Unidad Popular: genealogías feministas interseccionales 31
Kemy Oyarzún V.

Educación y democratización en tiempos de crisis.
Alcances contemporáneos de la experiencia de la Unidad Popular 63
Leonora Reyes-Jedlicki, Luis Osandón-Millavil
y Fabián Cabaluz-Ducasse

Producción literaria y editorial durante la Unidad Popular 91
Matías Ayala Munita

Tesis sobre educación y cultura del proceso popular chileno (1970-1973)..... 109
Taeli Gómez Francisco y Juan Rubio González

Mujeres en la Unidad Popular: caminos de liberación127
Sandra Palestro Contreras

Lucha popular y derechos

Los trabajadores y el sentido del socialismo en democracia.....145
Márcia Cury

Voz del “poder popular”, voz del aparato estatal.
Dialéctica sociopolítica y tiempos rotos de la “vía chilena
al socialismo” (1970-1973)..... 161
Franck Gaudichaud

La Historia es nuestra y la hacen los Pueblos179
Ximena de la Barra

Imperialismo y desarrollo del sistema sanitario chileno desde la UP.
Intervencionismo de Estados Unidos en América Latina:
apuntes para su comprensión201
Felipe Rodríguez Ulloa y Catalina Ganga-León

“¡Viva Chile! ¡Viva el pueblo! ¡Vivan los trabajadores!”
La Unidad Popular y el protagonismo de los trabajadores221
Sandra Castillo Soto

Poder y partidos

Movimiento de Izquierda Revolucionaria y su lectura sobre la
Unidad Popular después del golpe de Estado de 1973241
María Olga Ruiz

El Grupo de Amigos Personales..... 263
Patricio Quiroga Z.

Luchas sociales y alianzas políticas.
Actualidad de la epopeya de la Unidad Popular..... 283
Carlos Ruiz Encina

Diálogos de Fidel Castro y Regis Debray con la vía chilena al socialismo. Legitimidad revolucionaria para el proyecto de la Unidad Popular301
Manuel Fernández Gaete y Roberto Ávila Carrera

La “Vía Chilena al Socialismo”. El largo recorrido desde el Frente de Acción Popular a la Unidad Popular 319
Isabel Torres Dujisin

Economía y reforma agraria

Revolución rural y protagonismo campesino (Chile, 1967-1973)339
Eugenia Palieraki

Economía y correlación de fuerzas en el gobierno de Allende 1970-1973..... 361
Orlando Caputo y Graciela Galarce

El campesinado y la política agraria de la Unidad Popular (1970-1973). Las políticas agrarias en los años 1960 y 1970 397
Jacques Chonchol

La “vía marítima” al socialismo. El transporte marítimo de comercio exterior como límite geoeconómico de la Unidad Popular en el sistema-mundo capitalista, 1970-1973 415
Luis Garrido Soto

Revolución chilena y batalla de la producción agraria. Sabotajes patronales y estímulos al trabajo campesino..... 439
Joana Salém Vasconcelos

Luchas indígenas y territorio

¿Revolución campesina o levantamiento mapuche? Tensiones en La Araucanía durante la revolución socialista 1970-1973 469
Fernando Pairican, Marie Juliette Urrutia y Claudio Alvarado Lincopi

Movimiento Campesino Revolucionario. Luchas mapuche,
política de clase y 'proyecto socialista' durante el gobierno
de la Unidad Popular (Cautín, 1970-1971) 495
Jaime Navarrete Vergara

De corridas de cerco al control territorial. Panorámica de la
resistencia mapuche durante tres décadas, del Movimiento Campesino
Revolucionario a la Coordinadora Arauko-Malleko (1970-2002)..... 521
Filip Escudero Quiroz-Aminao y Paula Malhue Torres

Cambio generacional mapuche y Unidad Popular539
José Luis Cabrera Llancaqueo y Pedro Canales Tapia

Pueblo mapuche: entre la Unidad Popular y los primeros
años de la dictadura cívico-militar (1969-1978)..... 561
Sergio Caniuqueo Huiracapan

Imperialismo y contrarrevolución

Las derechas en la calle: el boicot a la "Vía chilena al socialismo" 601
Aníbal Pérez Contreras

El rol de Estados Unidos en el derrocamiento del presidente Allende,
según el Informe Church.....619
Luis Corvalán Márquez

Chile, 1970-2020: revolución, golpe, dictadura y... ¿revolución?635
Xabier Arrizabalo Montoro

Estados Unidos, Escuela de las Américas y la cuestión militar en Chile... 667
Pablo Ruiz y Robert Austin H.

Sobre los autores, las autoras y compiladores..... 697

Luchas sociales y alianzas políticas

Actualidad de la epopeya de la Unidad Popular

Carlos Ruiz Encina

Como ocurriera desde sus propios días, la experiencia chilena de la Unidad Popular (UP) sigue concitando atención a medio siglo de su existencia. Como epopeya en la senda de las luchas de los pueblos latinoamericanos y del mundo entero, recuerda que la gesta de los pueblos no es pasado inmóvil. Vuelven una vez tras otra a repaso, en la medida que los pueblos siguen empeñados en horizontes de emancipación. La historia de la UP es fértil en esta perspectiva. En muchos sentidos puede el presente internarse en sus pasajes, y relevar elementos de actualidad que ensanchan su significación.

Más allá del homenaje está la trampa de la evocación pasiva de un pasado de espaldas al presente. Pero el presente lo reinterroga desde sus nuevas condiciones, como necesidad para reflexionar sobre sí mismo. Hoy, que se naturalizan los cambios como una inevitable y única globalización, urge recuperar la especificidad de la condición latinoamericana, de sus procesos políticos y sociales, que apunta en su singularidad aquella gesta.

La experiencia de la UP es especialmente rica en un dilema que vuelve a atravesar a las luchas populares: la relación entre las

alianzas políticas y las luchas sociales. El carácter popular de la UP, relevado continuamente, es también el de un pueblo diverso y heterogéneo, con significativas diferencias en su composición de clase e intereses sociales, cuya unidad política, en un curso en el que la UP es solo el hito culminante, es el gran legado para los desafíos presentes. En contraste, el pueblo chileno hoy se enfrenta a una de las experiencias neoliberales más avanzadas del planeta y, desde su condición pionera, que iniciara durante la dictadura que interrumpe el proyecto popular del siglo XX, abre la posibilidad, ahora en el siglo XXI, de sepultar esa nefasta modalidad de expansión capitalista en la propia tierra que la vio nacer. Es un nuevo pueblo, que emerge de las propias transformaciones que acarrea tal giro capitalista, del nuevo mapa de clases y grupos sociales (Ruiz, 2020), donde vuelven a resonar los dilemas de la articulación política de la diversa y prolífica marcha de luchas populares de nuevo carácter.

Aquella gesta vuelve a sonar. La noción de pueblo apela a una forma histórica de la conciencia social, enfrentada a un modo oligárquico de dominio (en el sentido clásico de “poder de pocos”). El pueblo es, así, un sujeto histórico compuesto de una heterogeneidad de posiciones sociales, clases y grupos, cuya articulación política constituye un complejo reto. Aunque la estructura social chilena es hoy diferente de aquella de la UP (Ruiz y Boccardo, 2014), muchos de los dilemas de articulación política de la heterogeneidad popular se reiteran y desbordan los cursos de alianzas de las fuerzas políticas.

En el marxismo, también en el debate sociológico que incluye la línea neoweberiana de análisis de clase, se discuten las nociones de explotación y de dominación, con el fin de comprender las estructuras de clases del capitalismo contemporáneo, sus confrontaciones más relevantes y advertir sus proyecciones. Ello puede verse, entre otras, en las contribuciones de John Roemer (1989) y Gerald Cohen (1979), así como en la articulación que de tales conceptos formula Erik Olin Wright (1994) y en los debates que sostiene con John Goldthorpe (1992).

En la discusión latinoamericana, debido al carácter excluyente que adopta el capitalismo, se releva, de modo específico, la noción de exclusión. Para repasar el proceso de la UP, interesa recuperar tal distinción a partir de su significación política. Bajo la fisonomía que adopta el desarrollo capitalista por estos lares cobra distintiva relevancia la cuestión de la exclusión, sus efectos en la heterogeneidad popular y los dilemas de las alianzas políticas para erigir una izquierda.

Por cierto, esta orientación difiere de una difundida literatura donde las luchas políticas se abstraen de su carácter social o de clase, bajo una generalidad confusa que ignora los dilemas políticos que cobija. Un propalado relato sobre la UP centrado en las divergencias de figuras y direcciones políticas ignora el laberinto de la lucha de clases y reduce a una imagen elitista el conflicto de la izquierda. Aquí interesa esa complejidad de la forja de la unidad política de la diversidad popular, tan relevante en aquella situación como hoy.

Pasado y presente de las luchas populares

El dilema de revisar un tiempo tan corto e intenso está en distinguir lo pasajero de aquello que indica trascendencia, observar la coyuntura rebasando el tiempo propio de la crónica. Historiadores en la senda de Lucien Febvre y Marc Bloch apuntan a ello como dialéctica de la duración. El examen del presente obliga a volverse al pasado para advertir los procesos más relevantes y distinguirlos de hechos que, más allá de su vigor momentáneo, son efímeros en cuanto a historicidad. En tanto mirada que busca aprehender la totalidad de lo social, obliga a empalmar duraciones diversas, estructuras y coyunturas. Es una historia que no se puede eludir en la comprensión del presente, un recuento que se abre al empeño de captar el sentido del movimiento de los procesos sociales. Es el movimiento de la historia, su dialéctica que discurre del pasado al presente y hasta el mismo futuro.

La revisión del tiempo corto empuja al relato dramático, al hecho explosivo. La tentación, al otro extremo, pretende integrar la historia entera y la condición humana en todo evento. De Croce a Sartre, pasando por Braudel, esas discusiones son largas. En una banda, es el tiempo episódico, a la medida de lo cotidiano. En la otra, la estructura alumbra cuestiones de larga duración, ataduras que sujetan una realidad que apenas se renueva y cifran un tiempo casi inmóvil donde echan raíces coacciones espirituales y encuadramientos mentales. Otras se desploman raudamente. Pero todas son sostén y obstáculo, lindes de los que el individuo y sus experiencias no pueden emanciparse. Evitar el ahogo en ambos extremos supone asumir que presente y pasado se aclaran mutua y recíprocamente. “Los hombres hacen la historia, pero ignoran que la hacen” espeta Marx, una idea que esquivan muchos seguidores. Viviendo su tiempo, los individuos tienen la impresión de captar su movimiento. Pero la historia corre más allá de las luces fugaces. El reparto entre diáfana superficie y opacas honduras es enrevesado. El dilema es relevar las estructuras profundas de la vida como sus rupturas, su brusco o lento deterioro bajo fuerzas contradictorias. El marxismo ayuda, si se rescata del formalismo que lo momifica como explicación previa, aplicable a todo lugar. Un problema para captar la especificidad latinoamericana que atraviesa sus procesos políticos y sociales.

La mirada que hoy campea sobre su historia, incluida la experiencia de la UP, no escapa a los cambios del capitalismo en la región y sus convulsiones políticas. Un giro intelectual cruza al pensamiento criollo. El mapa social actual emerge de las cenizas del pasado arrasado, y las formas de verlo no son independientes, se ligan a la desarticulación de actores como el movimiento obrero y las viejas clases medias bajo el avance neoliberal. La desarticulación de sus condiciones sociales arrastra consigo formas de interpretación de la sociedad, mentalidades, una cultura. No son cambios que operan por encima de los actores; son producidos por estos. El conflicto social de la historia reciente es el teatro donde se dirimen relaciones de poder que fijan el rumbo del patrón de desarrollo y sus efectos sobre grupos

sociales, como estos, que son expulsados de la construcción del Estado. Tal giro en la forma de apreciar la realidad abre una opacidad social que desliga a la política de sus viejos significados sociales. Bajo la reorganización de los modos de diferenciación y jerarquización sociales, la política se vuelca a un elitismo que cierra acceso a gran parte de la sociedad. Es el sello antipopular de la ofensiva dictatorial, pero también su proyección en la etapa democrática. La dominación no apela a un Estado que regule un pacto social, sino a proyectar la exclusión. La gobernabilidad democrática apuesta a la desarticulación social heredada y la lógica representativa se reduce a un ciudadano con abstracción de su condición social.

La idea de un coherente giro neoliberal que enriela la marcha de las postrimerías del siglo XX resulta dudosa en América Latina. A menudo se mezcla con otros estilos de desarrollo (Ruiz, 2019). ¿La experiencia chilena es un patrón tan ortodoxo como irrepetible? Es un asunto plagado de ideologismos. Si la dependencia es común a la región, difiere en situaciones nacionales y su efecto en el mapa de clases sociales. Distinguir en tal sumisión externa es relevar la acción de grupos locales y las diversas alianzas que la operan, cómo se articula el poder interno. La dependencia regional abre una difícil dialéctica entre lo externo y lo interno. El siglo XX ilustra el fracaso de copias occidentales y el auge de movimientos arropados en mezclas de nacionalismo, reformismo social y autoritarismo. Sin claras ideologías de clase, como las que alumbran el capitalismo europeo, un ideario nacional-popular prima en los procesos sociales y políticos locales.

No es caso atizar viejas reyertas, sino apuntar que se diluye el debate de la especificidad política y social. Reducir todo a efectos de la Guerra Fría o la globalización, ignora que tal injerencia se apoya en cursos internos. Que, el Estado en la región, más que eslabón mecánico del dominio externo, es Estado patrimonial al servicio de sus dirigentes. Que muchos rasgos de las dictaduras no resultan singulares, y su irrupción escapa a la imagen liberal que opone democracia y autoritarismo, y enfatiza las libertades políticas

perdidas. La idea del Estado de derecho, un régimen de partidos y de garantías ciudadanas, no es la práctica política dominante en la América Latina del siglo XX. La ausencia de democracia es recurrente. La dictadura irrumpe ante una crisis de dominación con el auge de las masas populares. Por eso, sus rasgos abundan en nuestra historia política e, incluso, muchos prosiguen bajo las “nuevas” democracias.

El neoliberalismo se oscurece como traspaso indiscriminado de funciones estatales al mercado. La pérdida de derechos sociales bajo la privatización de las condiciones de vida no diluye el peso estatal (Ruiz, 2019). Predica iniciativa individual en lugar de prácticas asociativas, pero forja un subsidio estatal a nuevas formas de acumulación privada. Los idearios del capitalismo central resignifican su sentido bajo el metabolismo local y abren una peculiaridad que no es calco ni copia. En este curso, la epopeya de la UP es una versión radicalizada de esa crisis y de los giros de refundación que le siguen.

¿Qué ver hoy en la experiencia de la Unidad Popular?

La singularidad de la UP hoy resulta inaprensible sin recuperar esta óptica del proceso histórico. No se divisa al margen de la especificidad latinoamericana. La drástica y sabida injerencia estadounidense en su colapso abre una lectura conservadora que reduce esta gesta a las tensiones de la Guerra Fría. Obstruye, así, la apropiación de su complejidad, por abrir caminos; es la lectura sobre la UP de la dominación que le sigue. Resituar su andar, su proyecto e influjos, dar paso a la complejidad del proceso, es evitar el homenaje inerte, de cara al presente.

Su espíritu enfilea un complejo que opaca el choque soviético-estadounidense. Primero, el ideario y el proyecto de la UP se apartan del énfasis restrictivo en una primacía de la clase obrera, en favor de la idea de un pueblo multclasista que trae un largo curso de elaboración y debates, por donde pasan muchas dificultades de unidad de la

izquierda chilena décadas antes. Pesa ahí la diferente trayectoria del socialismo chileno respecto a la ruta clásica del socialismo europeo, y la senda comunista apegada a la fórmula soviética. Por eso recela de la UP la dirección soviética, y su apoyo es esquivo en los años más duros. Sus tensiones reflejan su anclaje en una diversidad de grupos subalternos. La UP no busca expresar a una clase en particular, sino encarnar una alianza social amplia.

Su apego al marxismo es de una amplitud que choca con muchos dogmatismos y llama la atención internacional. Busca reelaborar un ideal de soberanía y un contenido nacional que redefina el antiimperialismo, poniéndolo en una órbita latinoamericanista que topa con fórmulas foráneas y sus embajadores locales. Su choque con las oligarquías agrarias y el conservadurismo eclesiástico enfatiza la reforma agraria y la lucha campesina, el laicismo y el cambio en el sistema educativo, acercándola más a ideales de cambio latinoamericanos que a proyectos del marxismo europeo, occidental y soviético. Incluso, cobija un desafío al burocratismo del socialismo este-europeo, en un ideal de democracia popular que debate la participación popular y hasta obrera en las empresas estatizadas, advirtiendo los efectos de la burocratización estatal en los partidos.

La UP se vincula a movimientos anticolonialistas y de liberación nacional, en una ola tercermundista; se liga la lucha argelina y la orientación yugoeslava de no-alineación. Redefine, así, el horizonte anticapitalista más usual de las izquierdas, al no sumarse a la égida comunista de la URSS. La UP, en su formación, como proyecto y práctica, aprecia como limitante a las posibilidades de las luchas transformadoras en el Tercer Mundo y América Latina la forma que adoptaba el choque capitalismo-socialismo como bloques militares que reducen esos horizontes de transformación y emancipación. De ahí la madeja de hilos que concurren en este ideario de izquierda socialista. La historia política y social latinoamericana, sus luchas e idearios, desde la Revolución Mexicana a las ideas de la Acción Popular Revolucionaria Americana (APRA) que lidera Haya de la Torre en

Perú, el peronismo argentino a partir de la década de 1940, Mariátegui y el Che Guevara.

Su forja se ancla en una sociedad chilena que cruza una brusca mutación social y cultural, en su dilatada salida del orden oligárquico agrario hacia una modernización en que chocan disímiles proyectos. La UP entra en ese desafío y fragua una alternativa de modernización socialista y popular para esas condiciones nacionales. Ese proyecto de cambio arma un curso de modernización como estrategia política, de formación de fuerzas populares para tal giro histórico (Arrate y Ruiz, 2020). Ahí, se forjan horizontes económicos y políticos en los que se debaten, con intensidad distintiva, dispares herencias locales y externas. Una concepción del individuo, la libertad, la democracia, el desarrollo y el humanismo, marcan una estrategia de cambio, donde se elabora y debate sobre líneas para cambiar las condiciones concretas chilenas. Los liderazgos capaces de aglutinar a esa heterogénea izquierda que, ya en la década de 1960, detenta un amplio arco de influencias ideológicas, permite apreciar la figura de Allende. Desde la realidad nacional se dialoga con experiencias externas y se piensa una estrategia.

Distinguen a la UP aquellos debates estratégicos que, al contrario de muchos partidos socialistas y comunistas del siglo XX (en la URSS, el resto de Europa y gran parte del Tercer Mundo) no cifra las metas del socialismo en cuestiones como el auge económico, tecnológico o la seguridad, compitiendo con el capitalismo liberal, sino en la democracia y la libertad, proponiendo una visión política distinta, ocupada del humanismo, la democracia social, la soberanía política y la independencia económica.

La UP incide en la formación de la cultura política de las luchas populares, con la idea de “revolución chilena”, que asume el cambio latinoamericano desde el dilema del desarrollo que delinea el carácter socialista. Proyecta una revolución hacia el socialismo, en la idea de crear las condiciones para abrir tal alternativa. El sentido anti-imperialista se ancla en la soberanía nacional-popular y reclama riquezas básicas bajo control externo. Una línea anti feudal encara el

atraso latifundista. El sello clasista busca unir grupos de trabajadores con otras fuerzas sociales, grupos medios e incluso burgueses no atados al imperialismo y la oligarquía, capaces de insertarse en los planes de cambio. El ideal democrático apunta a ampliar la soberanía popular y a abrir el Estado a las mayorías, como control popular económico. El ideal humanista apunta a ubicar el progreso en dignificar la condición humana. Su latinoamericanismo propugna no una simultaneidad de la revolución, pero sí una integración económica como lucha conjunta de nuestros países.

La singularidad de estos horizontes –ignorados– apuntan la compleja construcción de la mayor unidad de la izquierda en la historia chilena. El proceso de la UP se erige entre los más originales de la izquierda latinoamericana del siglo XX y son de significación global. Su llegada al gobierno en 1970, por la vía legal, y luego el golpe militar, marcan los hitos más visibles. Su gestión y el violento desenlace atrapan el debate, pero su formación como alianza social y política se atiende menos. Su fundación no es tanto su llegada, sino un largo recorrido. Valga apuntar al menos tres rasgos.

Su fundación es posible gracias a un programa común a sus fuerzas, que dista harto de lo que hoy supone en elaboración y significado político, como suma de políticas sectoriales y recetas específicas propias de la mirada administrativa neoliberal de la transición, cuyos términos de unidad se reducen a distribuir esferas de poder. El programa de la UP, con sus luces y límites, fue una estrategia de cambios. Basada en una lectura de la sociedad, hila una alianza social y una acción política y económica. El debate en su formación fue de naturaleza estratégica y, sobre él, se asienta la unidad, así como sus problemas. Un hito que interpela hoy su reducción a dilemas de administración y reparto electoral.

Su formación también supuso procesar diferencias entre partidos y dentro de ellos. Las tradiciones socialista y comunista tenían una larga historia de enfrentamientos. Desde su fundación acarrean disensos culturales e intelectuales. El mérito de la UP fue procesar esas diferencias sin negarlas. De ahí duros debates antes y después

de su surgimiento, con diferencias de proyectos y juicio político, y no solo intereses burocráticos y personales. Las diferencias animan, así, el desarrollo de la cultura política de las fuerzas populares.

La formación de la UP supuso articular fuerzas políticas, pero también sociales. Una diversidad de clases y la unidad de sus partidos en las organizaciones sociales, y una UP atenta a estar presente, a la vez, en la sociedad y en el Estado. Esa izquierda entendía la acción social y política como una unidad compleja. Caben juicios críticos – que se hicieron– sobre dicha relación y el protagonismo del Estado o el movimiento popular en cada momento. Pero la UP era depositaria de una cultura de izquierda con alta conciencia de los procesos que anidaban en la sociedad.

Dilemas de la alianza popular de la UP. Aproximaciones al carácter social de la crisis

Mucha discusión de izquierda sobre la UP queda en el subjetivismo. Sean más críticas o defensoras, se alinean sobre la dicotomía entre derrota y fracaso, pero coinciden en opacar el análisis social bajo la vistosa conducta de las élites políticas, disociando tal curso de sus bases sociales. No se asume la política como proceso social. Pero el proceso de la UP exige atender al conflicto social para distinguir los sectores más relevantes. Sobre su crisis se insiste en la polarización política como explicación, un relato abundante en episodios. Antes de llegar al gobierno, ya es aguda y se atribuye a la dirección política, incluso se apunta que responde más a esta que a una polaridad efectiva de las bases sociales, y abre críticas sobre la capacidad de conducir el proceso y al cobro de responsabilidades. Se apunta al Partido Demócrata Cristiano (PDC) y los partidos de la UP. Se alude a un PDC arrastrado por su pugna con la derecha que orilla al boicot a la UP, sin diferenciar su apoyo a unas reformas y su oposición a otras. Solo hay reflexiones generales sobre lo que eran esas bases sociales, su diferenciación interna y lo que abre su opción golpista. En la UP, se

acusa la incapacidad de una dirección única y coherente del proceso. Su división interna muestra el choque cada vez más inconciliable entre el “consolidar lo avanzado” y negociar con grupos opositores, o bien la crítica a las limitaciones del reformismo que exige mayor radicalización. Lo que redundaría en que ninguna lograra avanzar.

Un relato que no atiende a las bases sociales que se constituyen en tal conflicto y se reduce a las directivas políticas. En el desarrollo de los grupos sociales se atiende a la diversidad de las capas medias más que a la que anida en los grupos populares. Pero más allá del asunto de las capas medias y su vínculo con el centro político, la heterogeneidad del mundo popular y sus opciones políticas condiciona directamente las posibilidades del proceso (Faletto, 1977). Allí se divisan dos sectores relevantes: una clase obrera de larga integración política institucional a través de partidos y sindicatos; y un mundo marginal signado por la exclusión económica y política, que incide bajo la movilización directa. Desde mediados del siglo XX, la masificación de la participación política releva tal distinción, y se replantea con la UP. Si el triunfo de Allende en 1970 se basa más bien en la clase obrera, de mayor trayectoria política y peso en la configuración del Estado que impulsa el proyecto industrializador, la mayoría absoluta de la UP llega en las elecciones municipales de 1971 con su extensión al mundo marginal, lo que abre nuevos dilemas de conducción y articulación anclados en diferencias sociales. Las dos líneas políticas en su seno responden a estas bases, no a una mera ineptitud de dirigentes para llegar a acuerdos (Baño, 2003). Las condiciones sociales plantean dilemas difíciles de articular.

La distinción de estas bases sociales de la UP es compleja. No adoptan los rasgos usuales de la mirada estructural ligada al sistema económico. Su carácter integrado o marginal las diferencia, pero no solo como la inserción típica del obrero en la empresa capitalista o su exclusión. Entre los marginados de la empresa capitalista hay orientaciones de carácter obrero según tipos de socialización y cercanía a sujetos con posiciones de clase; a la vez, entre el obrero típico surgen orientaciones marginales bajo el carácter tradicional de la empresa,

tipo de organización sindical, socialización política, proximidad con sectores marginados. Se suele destacar a los grupos obreros de la empresa capitalista moderna, su organización social y política. Pero bajo la UP crece la relevancia del mundo marginal.

La tradición democrática chilena de participación política es un mito, pues electoralmente es reciente. A la mitad del siglo siquiera un tercio de los hombres que podían votar lo hacía. A inicios de la década de 1960 tampoco supera un tercio de los hombres y mujeres con tal derecho. De ahí, hasta la crisis de la UP, crece abruptamente con la inclusión de grupos populares. La forma y coyunturas de este auge electoral indica que es a saltos bruscos. Cada uno duplica al anterior bajo la integración de sectores populares marginales. En 1952, el “terremoto” político que encabeza el exdictador Carlos Ibáñez del Campo impone un candidato fuera del sistema de partidos, de discurso populista, que moviliza nuevos sectores, sobre todo en ciudades que reciben la migración del viejo sistema hacendal. Aunque fracasa y retorna el sistema de partidos, se vuelve a alterar con el auge del PDC. En 1964, la gran votación de su candidato a la presidencia, Eduardo Frei Montalva, no solo se debe al apoyo de la derecha. Otra alza de participación electoral, de franjas no adscriptas al sistema de partidos en ciudades desbordadas por migrantes que viven en la marginalidad. Aunque ambos proyectos difieren, reiteran el liderazgo fuerte y el discurso emotivo, aparte que los ibañistas se fundían en el PDC, que suma al Partido Agrario Laborista con figuras del caciquismo político y arrastran a nuevos sectores populares a la participación electoral.

En cambio, en 1970 no hay mayor alza en la participación electoral. La base de Allende anida en la clase obrera organizada en los partidos, incluso baja su apoyo electoral. El estrecho triunfo de la UP es posible por la división de las otras fuerzas. Pero en la primera elección en el gobierno crece el apoyo con políticas de beneficio popular de redistribución del ingreso y oportunidades laborales para los grupos más precarios. Es un crecimiento en las franjas marginales. Crece la movilización de estos grupos en apoyo a la UP, el peso de su

accionar y su rechazo a la exclusión, que fluye sobre todo al Partido Socialista (PS), de base social más heterogénea y discurso abierto a intensificar la movilización social aun contra la opinión de los grupos populares de más tradición organizativa identificados con el Partido Comunista (PC).

En esos años el mundo popular rural recién asoma a la política con la reforma agraria y movilizaciones. Aquí también difieren quienes son partícipes directos de dicha reforma, trabajadores dependientes de los predios expropiados, de aquellos que, bajo otras formas de inserción productiva, son excluidos (afuerinos, minifundistas, trabajadores de predios no expropiados). Estos últimos engrasan la marginalidad urbana en su migración. La marginalidad rural a la reforma agraria adhiere a la UP al permitir su movilización para integrarse a los beneficios estatales y apunta a los partidos que plantean la intensificación del proceso, como PS, el Movimiento de Acción Popular Unitario (MAPU) y el Movimiento de Izquierda Revolucionaria (MIR).

La historia de la división política de la UP es conocida. Lo que interesa relevar es que esas tradiciones políticas se ligan a diversas formas de organización social (Faletto, 2009). Las divergencias no se agotan en dirigentes o ideologías. Son diferencias sociales las que se expresan en esas opciones políticas. Aunque es muy general la distinción de estos dos sectores populares, el apoyo popular a la UP difiere si se trata de la clase obrera, integrada a la producción (mineros y trabajadores de empresas consolidadas), o de esa marginalidad popular excluida de la producción (de inserción precaria, cesante, independiente, doméstica). No se trata de reeditar acusaciones de aburguesamiento de la clase obrera y el carácter revolucionario de masas marginales que no tenían “nada que perder”, sino de relevar el carácter integrativo de la presión de los grupos excluidos.

El conflicto que se plantea en la base social de la UP condiciona los dilemas de una solución política y no a la inversa. La opción de la clase obrera de consolidar posiciones ligadas a la producción no es fácil de conciliar con un mundo marginal que enfatiza una intensa

movilización y una dinámica comunitaria. La política de la UP busca responder a ambos, necesita todo el apoyo popular para encarar la resistencia a su proyecto, pero las tensiones crecen hasta paralizar toda iniciativa. La repetida salida para evitar el colapso en la apertura a las capas medias, un acuerdo político con el centro podría haber acarreado una pérdida de apoyo en el mundo marginal, que habría visto frenada su movilización y su accionar comunitario y vería un retroceso en un acuerdo de consolidación en que no participaba. Tal vez no habría colapsado la UP a través de un golpe, pero sí como proyecto político, siendo imposible saber sus alcances. Al revés, si se impulsaba la movilización radical, chocaba con las capas medias, pero también perdía apoyo de esa clase obrera de mejor posición en el sistema productivo que presionaba por consolidar las mejoras obtenidas.

La heterogeneidad del universo popular se proyecta en los dilemas políticos de la UP. La dictadura luego arrasó las organizaciones sociales y políticas ligadas al mundo popular y la regresión económica impulsó la sobrevivencia, no sin advertir esa distinción interna del mundo popular que buscó manipular. Así, apuntó a los trabajadores integrados como un grupo privilegiado donde la presión sindical y política lograba mayor bienestar; los “verdaderos pobres” eran los marginales a quienes ayudar. Impulsó la focalización de subsidios a la pobreza, a fin de crear un “pinochetismo popular” clientelar, que la regresiva distribución del ingreso y la enorme cesantía frustran.

Las protestas contra la dictadura devuelven esta distinción popular, entre el movimiento sindical y el poblacional. El primero llama a las protestas, pero quien las realiza es el segundo. Entre ambos hay diferencias de objetivos y métodos. La transición a la democracia aísla al mundo marginal y sus movilizaciones, para relevar al centro político y los grupos medios. Pero eso no borra la pugna contra la exclusión. A la masiva participación en el plebiscito de 1988 le sigue una desmovilización política. Desde 1993 crece la apatía política. Los no votantes pasan de un 20% ese año a 30% en 1996 y 40% en 1997. Son jóvenes de barrios marginales que rehúsan inscribirse en los

registros electorales. La elección de 1999 revierte la caída de no votantes, de 40% a 30%, con un candidato de derecha que encarna un personalismo anti partido y queda a metros de ganar.

Desde 1989, este mundo marginal, que no responde a un trazado clasista nítido para una economía capitalista, apunta a la no participación. La abstención predomina en las zonas pobres. Aludida como masa marginal, son los desocupados crónicos, trabajadores por cuenta propia, obreros sin calificación y ocupación temporal, trabajadores domésticos y otras similares. La transición a la democracia se proyecta controlando su efervescencia.

De nuevo el pueblo

El estallido del 18 de octubre de 2019 advierte que las masas populares siguen planteando la pugna de la exclusión. La historia es revisitada por cada generación. La sociedad chilena se sacude de un neoliberalismo que cubre ya casi medio siglo. La izquierda se tensa bajo las disyuntivas que plantea esa realidad. La historia no se repite, pero el proceso de la UP, sus esfuerzos y dificultades, portan claves para abordar el desafío popular contra el neoliberalismo.

Volver a la mayor articulación de izquierda en Chile, tras elementos críticos para pensar una política y un sujeto popular capaz de protagonizar una nueva marcha, exige advertir la singularidad de esa gesta. Su herencia repone el dilema de las alianzas políticas, no como ajedrez burocrático sino ante sus condiciones sociales y las disyuntivas que abren. El levantamiento popular hoy vuelve a un desafío semejante. Un nuevo pueblo emerge de la propia mutación neoliberal, nuevas contradicciones originan nuevas fuerzas e identidades. Es iluso creer que se pueda articular una izquierda sin memoria de su pasado. Las nuevas fuerzas políticas errarían al ignorar el proceso de la UP, como también lo harían al apelar a una continuidad mecánica, apenas identitaria. Es preciso ir de la mera reivindicación de la dignidad de la UP al examen de su formación como alianza social y

política, para anclar el homenaje en las urgencias del presente. Las lecciones de la UP son un capital de un costo histórico enorme para los empeños del presente.

Referencias

Arrate, J. y C. Ruiz. (2020). *Génesis y ascenso del socialismo chileno. Una antología hasta 1973*. Santiago: Lom Ediciones.

Baño, R. (2003). Más allá de culpas y buenas intenciones. En R. Baño (ed.). *Unidad Popular 30 años después*. Ediciones Departamento de Sociología, Universidad de Chile, 291-318.

Cohen, G. A. (1979). The Labor Theory of Value and the Concept of Exploitation. *Philosophy & Public Affairs*, 8(4), 338-360. <https://www.jstor.org/stable/pdf/2265068.pdf?seq=1>

Faletto, E. (2009). Algunas características de la base social del Partido Socialista y del Partido Comunista. 1958-1973. En E. Faletto. *Obras Completas. Tomo I*. Chile: Editorial Universitaria, 147-198.

Faletto, E. (1977). Clases, crisis política y el problema del socialismo en Chile. En R. Benítez Zenteno (coord.). *Clases sociales y crisis política en América Latina (Seminario de Oaxaca)*. México: Siglo XXI Editores México-Instituto de Investigaciones Sociales UNAM, 284-314.

Goldthorpe, J. (1992). Sobre la clase de servicios, su formación y su futuro. *Zona Abierta*, 59-60, 229-263.

Olin Wright, E. (1994). *Clases*. Madrid: Siglo XXI de España Editores.

Roemer, J. E. (1989). *Valor, explotación y clase*. México DF: Fondo de Cultura Económica.

Ruiz, C. (2020). *Octubre chileno. La irrupción de un nuevo pueblo*. Santiago: Editorial Taurus.

Ruiz, C. (2019). *La política en el neoliberalismo. Experiencias latinoamericanas*. Santiago: Lom ediciones.

Ruiz, C. y G. Boccardo. (2014). *Los chilenos bajo el neoliberalismo. Clases y conflicto social*. Santiago: Ediciones El Desconcierto-Fundación Nodo XXI.